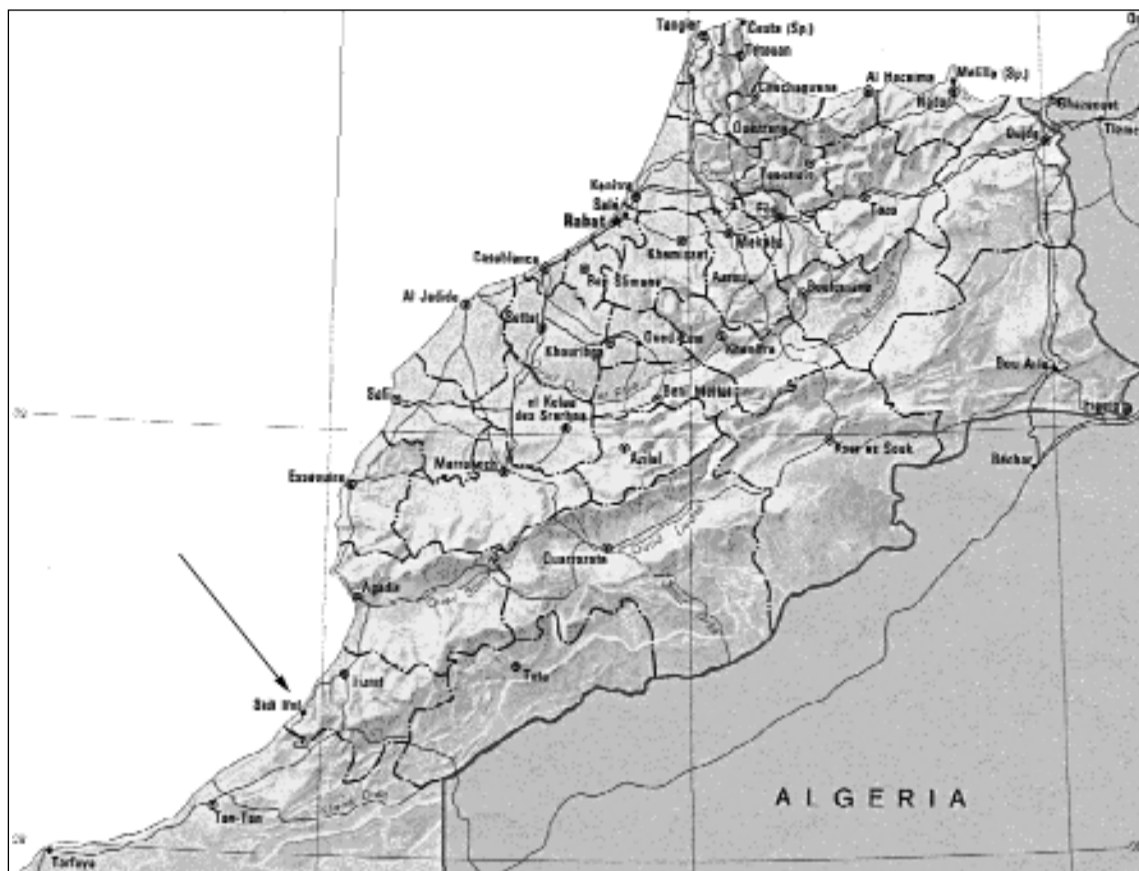


Los otros turistas

▣ Carlos Mondéjar Otero

"España cuenta con 53 provincias, distribuidas en la península ibérica, los archipiélagos de Baleares y Canarias, y nuestras posesiones en África, a saber; Sáhara, capital: El Aaiún; Ifni, capital: Sidi Ifni; y Río de Oro, capital: Villa Cisneros; así como las plazas de soberanía de Ceuta y Melilla."

En tiempos en que los alumnos españoles recibían formación sobre aquello que entonces se llamaba Espíritu Nacional, asignatura cuyas siglas -FEN- hoy más bien sugerirían las de un grupo terrorista, tanto ha cambiado el medio ambiente, un alumno aplicado, en clase y con la mejor voluntad, levantó el brazo en alto con gran regocijo del profesor, al cual duró poco el contento ante la pregunta, que no saludo, que el chaval le dirigía, en la justa fecha: -Si se ha de salvaguardar la Patria aun con riesgo de la vida, tal y como venimos de aprender -dijo- ¿cómo es que no salimos de inmediato a defender Sidi Ifni, que es parte de la nuestra? Y, si no lo es ya, ¿quién decide, pues, si no los que han de morir por ella, qué cosa sea la Patria?-. Siendo el deber de todo maestro aclarar las dudas de sus pupilos, éste, lejos de recibir claridad, recibió orden fulminante de sentarse, que entonces los alumnos se ponían de pie para hablar con los profesores, y de estarse callado en adelante. Craso error el del maestro, y más, que se multiplicaba por cuarenta y tantos, que era el número de alumnos en el aula, los cuales comprendieron todos, en sonoro silencio, que había gato encerrado. El alumno silenciado tuvo, años después, al correr de los treinta y dos recién cumplidos, la curiosidad de acercarse hasta aquel original paraje que se daba y se quitaba con igual soltura que las vidas ajenas, por ver si, de tan poco como le contaron, quedara siquiera algo allí de cuanto él seguía y sigue considerando como algo suyo, por haberlo mamado, como la teta, siendo niño, y sin parar mientes por si los administradores de turno de su propiedad fueran unos, otros, ambos dos, ter-



La flecha indica la situación de la antigua población de Sidi Ifni

ceros, o, de todos, los que de justicia debieran serlo.

Así que, con el ánimo resuelto que no aprendió de su profesor, y acompañado del no poco de su hermana y del japonés de una Yamaha 750, salió de Melilla, todavía en el listado de las pertenencias, y recorriendo el moro de punta a punta, avistó, de noche, después de Mirleft, un cartel indicador con el escrito del nombre mítico: Sidi Ifni. Ifni, capital: Sidi Ifni; el sueño se había cumplido; para despertar, había que encontrar primero dónde dormir.

Mirleft, 29° 34' 60N, 10° 1' 60W

Siendo ya la hora avanzada, la soñada capital estaba desierta; de modo que dieron la vuelta hasta Mirleft, a unos quince kilómetros, donde de pasada habían visto un letrero de hotel. Llegando enfrente, vieron velas y una luz de butano encendidas en el interior y, para su sorpresa, el café-salón de la entrada estaba al completo, tanto, que no encontraron lugar libre donde sentarse,

no pudiéndose achacar falta de consideración a la clientela por no hacer sitio a los recién llegados, toda vez que, quienes no estaban dormidos, no estaban tampoco en mejores condiciones para verlos, fuese por la densa neblina que llenaba el local todo, fuese por los efectos de los humos que la producían, aunque, por suerte, el gerente se hallaba más despejado, y enseguida facilitó una mesa y un par de sillas donde acomodarles de momento con los enseres. Pareciéndoles advertir, allá, una mano que, algo levantada de su dueño, hacía por moverse, no pudiendo sin embargo precisar si por saludo lo hacía, o más bien por apartar aquellas nubes, propias y circundantes, que le estorbaban la vista. Por los tarbas dispuestos siguiendo el perímetro del salón, los cuerpos recostados de gran cantidad de hippies, casi todos extranjeros, parecían haber sido abandonados por sus propietarios, de entre los cuales sólo faltaba, según echaron de menos, la presencia del de Janis Joplin; únicamente alcanzaron a ver algún otro movimiento ocasional de

coge y deja hacia los ceniceros o, en su defecto, hasta el vaso del socorrido té que, más cargado estuviera, no acertaba a compensar con su sustancia tanta como de aquella otra hoja habían inhalado dormidos y semidurmientes; que éstos no se hallaban, según era de ver, más despiertos que los dormidos, quienes, no más dejaban de estarlo, recuperaban la colilla, en su misma manera colocada, y reanudaban su actividad soñadora, y así sucesivamente. Ellos dos, por su parte, tras una ligera cena, también abandonaron luego sus cuerpos, pero en una habitación doble del primer piso, la cual, como todas las demás, costaba por entonces (año 1992) la suma de 10 dirhams por persona (140 pts.), equipada con camas limpias y bien preparadas, mesilla, y vela con palmatoria; odre de barro con agua, lo había en el pasillo (no había luz eléctrica en el pueblo, que contaba con el único hammam que vieran, y usaran, a la luz de las velas). Por la mañana, vueltos ya a ellos, salieron hacia Sidi Ifni, aunque de Mirleft

quedaría mucho por ver y más por decir, y aun por disfrutar, entre sueño y sueño: la playa, sin ir más lejos, que aparte la tenía, y más, que allí se daba mayor variedad de hojas verdes, por las algas.

El Atlantique

Antes de entrar de la ciudad, en la carretera principal y a la altura del poblado de Colomina, antigua residencia de las tropas españolas reconvertida en barrio periférico, había un hotel de nombre Atlantique. Decidieron directamente instalarse y, una vez allí, les informó Aziz, el encargado, de que las habitaciones se encontraban situadas en una casa de dos pisos no lejana, donde el dueño, un alemán de nombre Willy, les atendería. El local de la carretera solamente se encontraba acondicionado como café-restaurante, con una sala pequeña, un gran salón y la cocina. A la casa se dirigieron y, llegados a ella, un sujeto europeo, por lo rubio, y con cara de pocos amigos, les recibió amablemente y les mostró la habitación junto con su precio, que no valor, de 120 dirhams diarios. Ciertamente excesivo para lo apartado del lugar, decidieron no obstante tomarla al menos de momento, y, una vez dejados los trastos de equipaje, fueron acompañados al piso superior, de donde, no más abrirse la puerta, surgió un furioso pit-bull terrier de color negro, según vieron luego, ya que entonces no hubo tiempo, que se abalanzó sobre de ellos dos él, tan rápido como lo fue en detenerse a la escucha de una potente voz que surgió del interior de la habitación, llamándolo por su nombre: Atila. Calmado el bicho, su dueño y el del hotel, Willy, varón de nacimiento, y entonces en túnica blanca con dorados bordados, a juego con los tirabuzones de su rubia y suelta melena, se presentó ante ellos pidiendo excusas, e indicándole a él que retirase su pañuelo tuareg de la vista del animal, entrenado como estaba, según precisó, para atacar a cuanto portador del mismo avisatase, amén de a cualquiera que luciese visible algún arma de

No le de más vueltas, aquí debe estar su publicidad

